

***INTERVENCIÓN DE ANTONIO PRADO, SECRETARIO EJECUTIVO
ADJUNTO DE LA COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL
CARIBE (CEPAL), EN LA CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DEL
NATALICIO DEL DIPLOMÁTICO SUECO HARALD EDELSTAM***

CEPAL, SANTIAGO, 30 de abril de 2013

Amigas y amigos,

Es un honor inmenso poder servir hoy como anfitriones en un evento tan cargado de significación, abrir nuestra casa al homenaje de un diplomático de excepción, portador de una biografía que hizo tangible los valores humanistas esenciales.

Hoy nos reunimos aquí en Santiago para expresar nuestro respeto y rendir homenaje a un hombre valiente, a un líder que, pese a la brutal desproporción de medios, tuvo el coraje de ayudar a quienes sufrían.

Harald Edelstam, cuyo centenario nos convoca, figura por derecho propio en la tradición extraordinaria donde están inscritos los nombres de Raoul Wallenberg y Dag Hammarskjöld, todos ellos ciudadanos de Suecia, actualmente una de las naciones más generosas en la cooperación para el desarrollo y en asistencia humanitaria.

Todos ellos fueron representantes de los ideales humanistas de una sociedad solidaria, abierta e igualitaria, que ofrece a los suyos una de las mejores calidades de vida del mundo y que no cesa en su esfuerzo por que esas condiciones alcancen al resto de los pueblos.

Harald Edelstam nació el 17 de marzo de 1913, en Estocolmo. Realizó sus primeros estudios en la academia militar de Kalberg y posteriormente cursó derecho en la Universidad de Estocolmo. En 1939 se graduó como jurista y ese mismo año ingresó al Ministerio de

Relaciones Exteriores de Suecia, realizando su primera misión como agregado diplomático en Roma.

En 1941 fue enviado a la embajada sueca en Berlín y luego fue asignado a Oslo, entre 1942 y 1944. En Berlín, Edelstam ayudó a familias judías perseguidas por el régimen nazi y en Oslo protegió a miembros de la resistencia contra el gobierno pronazi de Noruega. Fue entonces que adquirió el apodo de Clavel Negro –*Svarta nejlikan*–, que conservó el resto de su vida.

Entre 1948 y 1968 estuvo destacado en La Haya, Varsovia, Estambul, Indonesia y Filipinas, y en 1969 asumió como embajador en Guatemala, desde donde también representó a Suecia ante otros países centroamericanos. En años donde ese país vivía un serio conflicto armado, Edelstam se reunió con grupos y organizaciones populares que luchaban por los derechos humanos y denunció públicamente las violaciones de estos derechos en Guatemala.

En 1972 llegó a Chile, que en ese entonces era gobernado por el Presidente Salvador Allende, derrocado a sangre y fuego por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Inmediatamente después del golpe, Edelstam protegió y ayudó a personas de distintas nacionalidades, solicitando para ello apoyo a otros diplomáticos. Dio asilo a más de 500 perseguidos políticos chilenos y salvó a 40 refugiados uruguayos de ser fusilados en el Estadio Nacional de Chile, en ese entonces transformado en una cárcel.

Edelstam trasladó personalmente a los refugiados en el vehículo de la embajada hasta el avión que los sacó de Chile.

Asimismo, entró e izó la bandera de Suecia en la embajada cubana, en esos días asediada y atacada por los militares, declarándola parte de la embajada sueca. Ese gesto salvó a los diplomáticos y refugiados chilenos que se encontraban dentro de la sede diplomática.

Para orgullo de él y de Suecia, la dictadura militar lo declaró *persona non grata* y fue obligado a abandonar Chile en diciembre de 1973.

Hace pocas semanas, casualmente, tuve la oportunidad de compartir un encuentro con viejos amigos en mi Brasil natal.

Quiso el azar que la conversación fraterna tocara al pasar la figura de Edelstam.

En aquella charla, Edelstam no era una referencia lejana, un héroe distante, un recuerdo vago. En aquella charla Edelstam era el hombre, de carne y hueso, al que mi amigo debía su vida; el embajador valiente que lo arrancó de la prisión y la tortura, lo acogió en la sede sueca y le abrió, como a muchos de mis compatriotas, las puertas solidarias del asilo en Suecia.

Y aún más. Edelstam fue también el hombre cercano que meses después los buscó y reunió, ya en la fraterna seguridad de Ystad (Suecia), preocupado por cada uno, asegurándose en persona de que encontraran las mejores condiciones de acogida y marcándolos con una reflexión que recuerdan hasta hoy.

Así fue. Edelstam encaró a ese grupo de jóvenes hombres y mujeres, forzados nómadas latinoamericanos que gracias a él habían escapado al horror, y los conminó a aprovechar las oportunidades que su patria les ofrecía. A estudiar, a formarse, a dedicar sus empeños en armarse de los instrumentos del conocimiento que, a su retorno, prestasen el mejor servicio posible a sus compatriotas. Sembró en ellos la esperanza del regreso y la responsabilidad de hacerlo mejor preparados para ayudar.

Yo soy testigo de lo fecunda que resultó esa semilla.

Muchas gracias.